

trocándose él mismo en pájaro; y que un cuá, drúpedo á fuerza de penetrar en caminos estrechos, es decir, de pasarse por una hilera, podría cambiarse en serpiente, todo lo cual sirve únicamente para revelar la ignorancia supina que en materia de anatomía tiene el que así se expresa. »

Sin afectar aquí el aire de vencedores, que no toma nunca la verdad que defendemos, nos juzgamos con derecho para decir: ¿Qué queda de la filosofía zoológica de Lamarck, y del origen de las especies de Darwin? Dos actos de fé escésivos á las energías latentes de la materia, y esta moral inevitable: el hombre ha aparecido en la tierra únicamente por vía de creación, puesto que no puede ser el resultado de ninguna transformación.

CAPITULO XIII.

LA FÉ Y LA ANTROPOLOGÍA MATERIALISTA, EN LA CONSTITUCIÓN DEL HOMBRE.

¿Difiere el hombre esencialmente del animal? La repugnancia que experimento al hacerme esta pregunta, constituye acaso el mejor argumento en favor de la existencia de mi alma, puesto que es una verdadera protesta. Y no se crea que esto es orgullo, no, es un testimonio del sentimiento íntimo, que sosema alguno podrá nunca destruir; apreciación íntima, si así podemos decirlo, del hombre respecto de sí mismo

que no puede evitar, sin evitar su propio pensamiento. Resistir á la conciencia que nos impone este respeto á nuestra dignidad y á los remordimientos que acompañan semejante violación, es una depravación vergonzosa del valor y de la modestia. Jamás el libre pensador contemporáneo podrá librarse del estigma que ha impreso sobre su frente al ultrajar la naturaleza, lo mismo el día en que se proclamó Dios, que aquel en que se glorificó de ser un bruto.

En rigor, el darwinismo no implica semejante abdicación ni esta blasfemia. Dios podía elegir el momento en que el hombre empieza a diferenciarse del mono, para dotarle de un alma é imponerle las correspondientes responsabilidades. Con todo, nos sentimos satisfechos habiendo probado que el hombre no fué un animal por su origen. Más fácil nos será áun dejar establecido que no lo es por su constitución.

Y téngase en cuenta que no se trata en este lugar de oponer consideraciones especulativas á objeciones de hecho; de tomar la cuestión de un punto de vista elevado, con aquellos que afectan considerarla por el extremo opuesto; de fin, de substituir *a priori* y fenómenos subjetivos á la ciencia experimental. Consideremos

al hombre á la manera del naturalista, no como hacen los Teólogos, y sepamos si entre el mono y él, media únicamente lo distancia que existe entre dos diferentes grados de una misma escala y no la que separa á un reino. La constitución del hombre se ofrece á nuestra observación bajo tres diferentes aspectos: bajo la relación del organismo y de la estructura anatómica; bajo la relación de la inteligencia y de las obras maestras por ella producidas, y bajo la relación de la moralidad y de las virtudes de la misma resultantes. Pues bien: *física, intelectual y moralmente* Dios ha establecido entre el hombre y los animales una distancia que estos no pueden en manera alguna salvar, de suerte, que con razón ha podido decirse: que el hombre, más bien que un animal perfeccionado, es un ángel comenzado.

La conclusión de este estudio puede formularse científicamente valiéndonos de los siguientes términos de un eminente naturalista: «El hombre es un animal, por consiguiente, ¿qué lugar le corresponde en nuestros cuadros zoológicos? Las contestaciones dadas á esta doble cuestión han sido numerosas y muy variadas. El cuadro de las contradicciones del espíritu humano ofrece en este punto completo: ni una sola ca-

silla existe vacía.... No tengo para qué discutir todas las opiniones, entre las cuales las hay por cierto bien extraña: bastará con justificar la que he adoptado resueltamente hace ya algunos años, y que cuanto más la considero, más fundada y verdadera me parece. En mi concepto, el hombre difiere del animal, tanto por lo más y por las mismas razones, como difiere es e del vegetal: él solo debe formar un reino, el rei no *hominal* ó reino *humano*, y este reino hállase marcado tan perfectamente y con caracteres tan determinados, como los que separan unos de otros á los grupos primordiales que acabamos de enumerar (1).»

¿Considerado en su estructura y en el juego de sus aparatos, ofrece el hombre fenómenos extraños al animal? La fisiología comparada re-

3. Contraste.

conoce hasta en los tipos inferiores los órganos esenciales del hombre, y una identidad casi absoluta de composición anatómica. La micrografía ha puesto patentes notables semejanzas entre los elementos del organismo animal y los del organismo humano. La química ha confirmado dichas observaciones. Hasta la situación vertical, el *os sublime* de Ovidio, no es honor exclusivo del reino humano; puesto que hay muchos pájaros que se sostienen naturalmente derechos, por ejemplo: los pingüinos, y cierta especie de patos domésticos. Si la estacion de la mayor parte de los mamíferos es horizontal, la de los monos antropomorfos es naturalmente oblicua; con frecuencia y espontáneamente toman una actitud que recuerda la del hombre y por consiguiente fundándose en los precedentes datos de la paradoja concluye; luego, del animal al hombre, solo media la diferencia de más ó ménos; pero nada esencialmente nuevo.

Este argumento exagerado tambien por la ciencia espiritualist, movida por el deseo de fijar los caracteres diferenciales del hombre fuera del organismo, jamás prevalecerá contra las conclusiones epuestas que brotan del exámen anatómico. Si, el conjunto de la creacion zoológica, presenta una infinita variedad de formas, se-

ciada á cierta identidad de fondo. Casi todos los organismos se hallan provistos de un aparato respiratorio, ó de pulmones; de un órgano para la circulación ó de un corazón; de medios para la locomoción, es decir, de piernas ó de alas; finalmente, de huesos, tejidos, músculos, glándulas y nervios. Hay más aun: la composición química de los cuerpos más diferentes, es por punto general una agregación de los mismos elementos diferentemente combinados. Mas, ¿hay motivo suficiente para confundir las especies, porque tengan sus semejanzas fundamentales de conformación? ¿de disputar al hombre la gloria de la posición vertical, porque ciertos cuadrúpedos la tienen á la fuerza ó casualmente? ¿de poner por último al descendiente de Adán al nivel de la posteridad de los monos, porque su carne analizada deja en el fondo del alambique, los mismos residuos, con corta diferencia, que la de los demás animales? En verdad que esto es abusar de la ciencia contra el sentido común, y al decir de la ciencia, entendiéndose que me refiero á la falseada por el sofisma y á la pervertida por el sistema.

Y sin embargo, véase hasta qué extremo llegan Lamarck y sus secuaces. Fundados en las semejanzas que dejamos expuestas, explican del

modo siguiente el génesis del género humano. A consecuencia de un motivo cualquiera, una raza de monos renunció á la costumbre de encaramarse á los árboles, y de andar en cuatro pies, y habiendo perseverado en ello durante muchas generaciones, halláronse las manos posteriores convertidas en pies; en virtud del uso exclusivo que de ellas se hacia para la marcha;—consignación singular concebida y ejecutada por animales domados por el deseo de convertirse en hombres.—Al cabo de poco tiempo, esos antropóideos, en via de progresión transformista, no hubieron menester sus mandíbulas para proporcionarse frutos ó pelarse, puesto que para tales menesteres podian contar con sus pies delanteros que se vertieron en manos, en tanto que sus manos posteriores se habia trocado en pies. Paulatinamente y bajo el imperio de la inacción, su hocico se redujo y su rostro se hizo más vertical, hasta que avanzando todavía un paso más en el camino de la humanización, su mímica se convirtió en gracioso sonrisa y sus gritos confusos fueron sonidos articulados.

Después de tan luminosas explicaciones no es de nuestra la culpa si no conseguimos formaros idea exacta de la manera como pasó la cosa. Debemos consignar en virtud de qué juego de

metamorfosis dicha raza perdió su cola, y los macacos del mundo primitivo dieron origen á la Vénus de Milo; de qué modo los gritos de los habitantes de los bosques se transformaron en la lengua de Homero y de Racine; finalmente, en virtud de qué milagro el chimpanzé alcanzó el génio de Bossuet y las virtudes de los santos: pero cuando se establece un sistema no puede preverse todo.

Hé ahí, pues, establecida la cuestion: no se trata de compararnos orgánicamente con los batracios ni con los delfines, sino con los monos. Durante algun tiempo, al decir de la anatomía materialista, fué un sapo (norme cuyos vestigios fósiles semejantes á las manos, se descubren en los gres rojo moderno: más tarde fué el delfin, cuyo hemisferio encefálico se compone de tres lóbulos, á semejanza del nuestro, y presenta más repliegues y cavidades que de cualquier otro animal. Como prueba irrefragable de este parentesco se añade que el delfin se goza en la sociedad del hombre, y entretiene á los navegantes jugando en derredor de los buques, no ha faltado mucho para que se adujeran tambien como prueba, los hombres salvados por los delfines, en los naufragios mitológicos de la antigüedad! Mas hoy los delfines y los batracios

han quedado en el debate fuera de concurso, y los tuteos antepasados que nos adjudica la ciencia sin preocupaciones, son las cuatro especies de monos honrados con el título de antropóideos es decir, el gibbon, el orangutan del Asia oriental, el chimpanzé y el gorila del Africa occidental. Coloquemos por un momento el organismo humano en frente de esas razas, cuyos rasgos nos repugnan más bien que se nos parecen, y veamos si aquel puede resultar de estas.

Nadie ha demostrado mejor la distancia que separa al hombre del animal más bien organizado, que Carlos Vogt, conocido por algunos con el nombre de el ateo clínico. Tomamos esta descripción de un apologista tan poco sospechoso, bien que prescindiendo de las bufonadas con que le sazona.

En primer lugar lo que distingue absolutamente al hombre del mono, es la posición vertical que es una propiedad esencial de nuestra especie, en tanto que el mono solo accidentalmente la ocupa, y esto cuando á ello se ha visto obligado por la educación. Esta actitud le es tan poco fácil cuanto puede comprenderse desde el momento en que se considera que ha sido inventado por los naturalistas en el género de los trepadores, y por consiguiente separado de los

andadores, por una diferencia característica. Por lo demás, el privilegio de mirar á lo alto, constituye en nosotros otra grandeza; pues es el signo físico de esta facultad superior, que nos permite leer en los cielos, remontarnos por medio de la mirada sobre la creacion, conocer al autor de la misma, buscar sus leyes, y aplicar sus fuerzas todas en provecho propio. Puede muy bien asegurarse que aun cuando la especie gimiana hubiese concebido su Newton, no habria podido educarlo, porque gracias á su marcha horizontal á la tierra, no habria distinguido el firmamento con la perfeccion necesaria para explicarlo debidamente.

Despues de lo dicho cojamos al hombre por la cabeza, y consideremos las dos mitades que la componen; el cráneo, y la cara. En el hombre, el cráneo tiene mayor desarrollo, que la cara; en el mono se verifica lo contrario. En el hombre, la cara anatómica comprendida entre las cejas, la barb. y las orejas, es solo un apéndice, relativamente poco considerable, del cráneo que desde las cejas hasta la nuca ofrece un bóveda suficientemente espaciosa para alojar un voluminoso cerebro; entre los monos al contrario, la frente es halla deprimida, y la cara aplastada

sobre la caja craneana, reduciendo en consecuencia la masa cerebral.

Los monos tienen siempre el gran orificio occipital colocado hácia atras en el último tercio del cráneo; el hombre lo lleva ordinariamente colocado precisamente en el centro, y en todo caso, más bien hácia adelante que hácia atrás.

El ángulo facial varia en nuesra especie de 70 á 85 grados y difícilmente podria citarse se un solo cráneo humano que midiera ménos de 64. El del chimpancé adulto llega á veces hasta los 35 y el orangutan hasta los 30.

La misma diferencia se observa bajo el punto de vista de la capacidad craneana. Aun cuando el gorila mida la misma talla que un negro australiano, y por tener las piernas más cortas su tronco deba ser mas voluminoso, su caja ósea se halla con relacion á la más pequeña de la especie humana, en la proporcion de 34 pulgadas cúbicas á 63.

Si pasamos á las dimensiones del cerebro, es seguro no podrá decirse que, segun la opinion vulgar, el hombre esté provisto del mayor, por que el elefante, la ballena, el narval tienen una masa encefálica más considerable; pero entre el cerebro del hombre más obtuso, y el del mono más inteligente, existe segun manifestacion de

Huxley y una diferencia de peso y de volúmen tanto más notable, cuanto que el gorila pesa, con corta difencia, lo que ciertas mujeres de Europa.

Independientemente de toda cuestion de cantidad, la forma del cerebro humano la hace esencialmente distinta del de los animales. Relativamente á la masa de los nervios de la cabeza, es mayor que el de cualquiera otra especie zoológica. Los hemisferios de dicho cerebro se hallan divididos en su superficie en numerosas eminencias, separadas por suscos tortuosos, y estas eminencias que se hallan irregularmente costorneadas sobre sí mismas, se distinguen con el nombre de circunvoluciones. Ahora bien, en los monos esas circunvoluciones, son ménos numerosas y mas regulares que en el hombre. Cada hemisferio del cerebro se divide en cinco lóbulos, colocados el uno en el interior, el otro en la region de la frente, el tercero en la parte occipal, el cuarto encima, y el quinto en la fosa temporal interna. Pues bien, Gratiolet ha e notar que en el hombre como en el mono, además de las circunvoluciones existen sinuosidades cerebrales que desde el lóbulo occipal van disminuyendo hacia el de la parte superior de la cabeza. Solo que así como dichas sinuosidades son

en el hombre largas y poco profundas, en el mono llenan un surco vertical que sirve de demarcacion entre los dos lóbulos mencionados en último lugar.

Finalmente otros caracteres diferenciales: en la especie gimiana, el lóbulo medio del cérebro parece y se acaba delante del lóbulo frontal, en tanto que las circunvoluciones frontales aparecen las primeras en el cerebro del hombre. Además, cuanto más elevado es el grado que en su especie ocupan los monos, tanto mas preeminente es el lóbulo: y en cambio cuanto mas descienden, tanto más aumentan los lóbulos occipital y anterior, al paso que el primero disminuye. Por todo lo cual Huxley no vacila en afirmar que «Las diferencias anatómicas existentes entre el hombre y los monos, que más se le parecen, autorizan para pensar que el primero forma una familia distinta de los últimos» y Vogt añade: «Un orden del mismo rango, bien que perteneciente á la misma série de mamíferos.» Preciso es confesar que esto es algo.

No obstante si se recuerda que el hombre abarca toda la creacion viviente en sus clasificaciones, en tanto que el mono consentirá eternamente en dejarse clasificar por nosotros, sin clasificarnos jamás, se verá que esos naturalistas

se asignan una plaza muy modesta por debajo de los tífts de sus escaparatés. Por lo que á mí toca, en tanto los antropóideos no hayan hecho sobre mi cerebro las observaciones que respecto del suyo acabo de transcribir, persistiré en la creencia de que no debo figurar con ellos en dos órdenes de rango igual pertenecientes á la misma *série* de mamíferos.

Pero volvamos á las observaciones de anatomía comparada. Pasando del cráneo al aparato de masticación, se descubren relaciones más distantes todavía. Los dientes del gorila, á pesar de algunas analogías con los del hombre, ofrecen diferencias notables en el número de sus raíces y en el orden de su nacimiento. Las diferencias son más notables aun, cuando se compara con los monos del nuevo continente: el céfalo por ejemplo, conserva ciertas semejanzas con el hombre, al paso que la dentadura ha perdido todos los caracteres de esta semejanza.

Antes de abandonar la cara del hombre, lancemos una ojeada sobre esa boca de donde brota la elocuencia de Demóstenes, la armonía de Mozart, la sabiduría de San Pablo, y júzguese por comparación el chillido repugnante, el grito inarticulado del mono, y después fíjese la mirada en esa risa que en Molière alcanza la belleza de lo sublime, y en esas lágrimas que en

Racine provocan las nuestras, y al lado de unas y otras, que á mueca ridícula é idiota de los cuadrumanos traduciendo su alegría ó su dolor, nos diga si son estas las expresiones de una misma animalidad.

Dejemos finalmente ese noble jefe habitado por el pensamiento, y paseamos á los miembros. Los brazos y las manos del hombre, penden libremente á cada uno de los lados de su cuerpo, por el mismo que le sirven únicamente para cejer y no para marchar. En cambio la mano anterior y la posterior, son para el mono un aparato de locomoción. El hombre tiene el brazo más corto y la pierna más larga, de suerte que si quiere tomar la posición de los cuadrúpedos se vé obligado á replegar las piernas á fin de que la columna vertebral quede paralela al suelo. Entre los monos las cosas se pasan de muy distinto modo, pues ó bien las extremidades tienen la misma longitud, ó bien la pierna es más corta que el brazo. Así vemos que cuando el hombre se mantiene incorporado, con la extremidad de sus dedos sólo alcanza á la mitad de la parte superior de su muslo, en tanto que el chimpanzé sin bajarse se llega á la rótula y el orangutan al tobillo. La diferencia entra las proporciones, es más saliente aun, si comparamos el hombre y al mono

bajo la relación de las manos y los piés. En el hombre la extremidad anterior es una verdadera mano, y la extremidad posterior es un pié de forma tan especial que Burmeister ve en él el signo más distintivo de nuestro organismo: en el mono sucede todo lo contrario; las extremidades posteriores son verdaderas manos, y las extremidades anteriores más bien parecen piés que manos, y con mucha frecuencia faltan los pulgares.

Si continuamos descendiendo á lo largo de este bello armarón que constituye el esqueleto humano, veremos que la serie de sus diferencias con el esqueleto del mono no está agotada aún. El bacinete del hombre, dice Huxley, es de una forma que le es manifestamente propia. Los huesos ilíacos muy desarrollados, ofrecen una larga superficie que contiene las vísceras ventrales en su posición vertical y tienen la extensión suficiente para que en ellos pueda fijarse con la mayor solidez la extremidad de los grandes músculos, la cual permite al hombre ocupar fácilmente dicha posición. Bajo este punto de vista el bacinete del gorila difiere considerablemente del hombre y el del gibbon más aún que el del gorila. En una palabra: los contrastes se generalizan hasta tal punto, entre ambas espe-

cies, que ha podido decirse, que cada hueso particular del gorila lleva las señales que permiten distinguirlo fácilmente del que en el cuerpo humano le corresponde.

Por esto un eminente antropólogo resume en estas palabras memorables la precedente serie de contrastes: La naturaleza y la disposición del pelo, la longitud del cuerpo que no pasa de tres piés, la imposibilidad de acostumbrarse á todos los climas y á todos los alimentos, la duración normal de su vida, que no pasa de treinta años, son otros tantos hechos que caracterizan la animalidad del mono: el crecimiento lento, la larga infancia, la pubertad tardía, los instintos escasamente desarrollados, la menstruación, una porción de enfermedades peculiares, una existencia media de sesenta años, la facultad de hablar, de reír y llorar, son caracteres fisiológicos propios del hombre. «¿No es esto más de lo que se necesita para colocar este cuerpo apellidado por la fé el *Templo del Espíritu Santo* fuera de todo paralelo con el resto del fango organizado? ¿Y los que no convengan en ello, mejor que adeptos de la verdadera ciencia no deben ser considerados como descendientes de aquellos de quienes habla el salmo, al decir: «Cuando el hombre ha sido elevado en honor,

no ha comprendido su propia excelencia y se ha comparado á las bestias que carecen de razón?"

Por lo que á mí hace, me apresuro á salir de esta fisiología mal sana, porque si Galeno miraba su disección anatómica como un himno en honor de la divinidad, paréceme que esta ultraja al par, al Creador y á la obra maestra que analiza.

Por lo demás, y aun cuando la estructura no sea en manera alguna el carácter diferencial más decisivo que existe entre el hombre y el animal, hemos de hacer constar que respecto de ello la parte adversa se declara vencida. Actualmente, niega el inmediato parentesco entre nuestra especie y las razas cuadrumanas; mas, en cambio, presume haber encontrado en ellas el verdadero padre de la humanidad: hé ahí su descubrimiento.

¿Han existido en otro tiempo monos más semejantes al hombre que el gorila, ú hombres que se parecen más á los monos que el negro? A esta pregunta la ciencia más escrupulosa dice que solo puede contestarse negativamente. Mas, ¿quién puede asegurar que las capas inexploradas del globo no encierren las osamentas fósiles de un mono cuyas analogías con el hombre sean más pronunciadas, y que este no sea el

inmediato ascendiente del género humano? Acaso la resolución de semejante problema se halla reservada á los paleontólogos de lo porvenir.

¡Siempre lo desconocido invocado en apoyo de los argumentos insuficientes! ¡Siempre la incredulidad presente fundada en los motivos de duda que no pueden faltar en lo porvenir! Dejémos á los futuros Teólogos el cuidado de esta apologética eventual; mas consignemos entre tanto que ese sistema de ataque á beneficio de justificación ulterior, más se parece á impotencia que á ciencia verdadera.

Hémos, pues, de nuevo, dentro de la hipótesis de Darwin; el hombre engendrado por un ser más parecido á él que el mono, y que habrá hecho desaparecer piadosamente, en virtud de la concurrencia vital, en una lucha por las subsistencias. Pero el mundo ha sido explorado en las profundidades mucho ménos accesibles que aquellas en que la humanidad había sepultado á sus pretendidos mayores despues de haberlos destruido. Se ha reconstruido la fauna y la flora de las capas más ocultas, y sin embargo, jamás se ha dado con el fragmento más insignificante de nuestros inmediatos predecesores, por cierto incomparablemente más fáciles de encontrar que los depósitos silurianos. ¿No es verdaderamente

absurdo levantar sistemas sobre posibilidades tan improbables? ¡Extraña contradicción en las objeciones que los naturalistas irreligiosos nos dirigen! Tan pronto nos dicen que la prueba de que el hombre desciende del mono la tenemos en que sus diferencias anatómicas son más insignificantes que las que existen entre diversas clases de monos,—y en confirmación de ello, toman de entre estos la primera y la décima clase de la serie, por ejemplo, con el objeto de establecer la comparación, en lugar de tomar dos clases consecutivas como el rigor de la comparación exigiría,—como, desesperados de llenar la laguna existente entre el hombre y el gorila, exclaman: si bien es verdad que la transición entre uno y otro es todavía inexplicable, debe existir un tipo intermediario que la explicará. Cada cual puede elegir entre ambas conclusiones la que mejor le parezca; pero la ciencia no puede emitir las sin contradecirse, siendo todavía más imposible tratar de probarlas, sin hacerse cargo de los asertos menos susceptibles de prueba.

No ignoro que se han descubierto dos cráneos uno en Engisur-Meuse, y otro en la cueva del Neander, de los cuales, se ha procurado sacar partido para apoyar la existencia de un tipo que, más perfecto que el mono, se ménos

perfecto que el hombre; pero la mistificación ha seguido de serca á la credulidad del público respecto del particular. Huxley, que deseaba ardientemente la realidad de semejante encuentro, ha dicho hablando del primero de dichos cráneos: «Sus proporciones son exactamente las mismas que las de muchos de los cráneos europeos, y en último resultado, es un hermoso cráneo mediano, que lo mismo pudo pertenecer á un filósofo, que encerrar el cerebro de un salvaje sin cultura alguna.» Respecto del cráneo descubierto en la cueva del Neander, Lyell se expresa en los siguientes términos: «Es muy aislado, muy excepcional y de edad muy incierta, para que de sus formas anormales pueda sacarse un argumento en favor de la opinión de que perteneció á un sér intermedio entre el mono y el hombre. Lo más que puede asegurarse es que hubo un hombre cuyo cráneo se acercaba ligeramente al del mono.»

Tal es el testimonio de la verdadera ciencia, siquiera divorciada de la ortodoxia; pero esto no puede ménos que apoderarse de todo corazón recto é instruido, respecto de la cuestión, la compasión más profunda, al ver á capritus aventureros deducir de la existencia de esos cráneos, que ha existido una raza de hombres

diferente de la nuestra y señalarlos en los cuadros zoológicos un lugar bajo el nombre de *homo Neanderthalensis!*... Establecer semejanzas generalizaciones so pretexto de *ciencias exactas* fundadas en la *observación*, en la *inducción anatómica*, en el *método positivo*, sin más base que un ejemplar repudiado por jueces como Lyell y Huxley, es burlarse de sus contemporáneos, en tanto llega el momento de convertirse de pública irrisión.

Digámoslo, sin embargo, antes de dar por terminada esta parte del presente capítulo: al lado físico del hombre es el que ménos se presta para distinguirlo del animal. «Exista una analogía muy marcada entre el armazón del cuerpo y el de los mamíferos de las clases superiores: los sentidos, del mismo modo que muchos de los órganos, son, si no por la perfección, por lo ménos, en cuanto á la especie, los mismos en el hombre que en los animales; con la circunstancia de que, dado que existen diferencias, cada una es en provecho de los segundos. El buitre tiene una mirada más penetrante; el perro un olfato más fino; el caballo miembros más vigorosos que el hombre; mas la demostración de tales analogías y diferencias es completamente ociosa, cuando se busca el origen y naturaleza de nuestra es

pecie. Lo que de más esencial hay en el hombre, es su inteligencia, delante de la cual pierden toda su importancia todos los caracteres geológicos. Los seres solo pueden ser medidos según sus semejantes: las piedras, según las piedras; las plantas, según las plantas, los animales, según los animales, y el hombre, según el hombre. Poco importa, pues, que estos, según su constitución anatómica, se hallen tan próximo al mono como lo están entre sí dos de los sesos familias de mamíferos. Hay un punto de vista del cual la ciencia no pueda prescindir, y que consiste en que el hombre se halla dotado de una alma inteligente y libre, en virtud de semejante prerrogativa, hálase en posición mucho más elevada que los mamíferos, que los vertebrados, que todo el reino animal, en una palabra; y formas, en una majestad incomparable y solitaria, el reino humano ó *hominial*. Lo que sigue lo demostrará mejor todavía.

II.

No quisiéramos en manera alguna dramatizar un asunto científico, ni reemplazar por ficciones

de efecto argumentos de fuerza. Sin embargo, no vemos el menor inconveniente en aceptar aquellas inspiraciones que con ser hijas exclusivamente de la imaginación, pueden comunicar á las pruebas mayor fuerza. Supongamos, pues, que la especie superior, á la nuestra, de que nos habla el darwinismo, hallando un día nuestros huesos muy parecidos á los de los antropóideos, los colocara en los mismos escarpates de determinada exposicion: en este caso, para proporcionar á lo porvenir una demostracion súblime bastaria con que Dios reanimara aquellos cadáveres. Recobrando entonces el hombre el uso de la palabra, podría exclamar en presencia de aquellos rebuñes mudos: Soy el autor de la *Iliada* y de la *Summa* de Santo Tomás: me llamo Platón, Agustín y Bossuet: he compuesto los cantos de Píndaro de Rossini y de Gluck: he hecho estremecer al mundo antiguo con los acentos de Eurípides y el moderno con los de Corneille: he construido el Parthenon, y lanzado á los aires la cúpula del Vaticano; he pesado los astros en mi balanza, y seguido el itinerario de los soles en las profundidades del cielo: he descubierto continentes ignotos y surcado como dominador los mares desconocidos; he hablado con mis hermanos de un extremo del mundo al

otro con la electricidad, y unido á mis carros el vapor: por último obra mia son las civilizaciones de Babilonia, de Atenas, de Roma y de Francia. Por consiguiente, ó que se me pongen de manifiesto los libros, las ciudades, los descubrimientos, las obras maestras llevadas á cabo por esos antropóides que en otro tiempo me obedecian semieos, y á los cuales al presente se me compara, ó que se me aparte de su lado para siempre jamás. No me bastan á mí los osarics de un gabinete de historia natural, reclamo y me corresponde la bóveda de un panteon.

Naturalista hay, lo sabemos perfectamente, aún entre aquellos que más distantes están del materialismo, que no ven un carácter del ricno humano en las facultades del espíritu. Sin asimilar el desarrollo intelectual del hombre á la inteligencia rudimentaria de los animales no descubren entre el primero y los segundos, un fenómeno esencialmente nuevo. El animal, dicen, tiene sus facultades fundamentales, siente, quiere, recuerda, raciocina, y la seguridad y exactitud de sus juicios tiene, á veces, algo de maravilloso. Entre los animales, además, y de uno á otro grupo, pueden observarse desigualdades muy notables. Las aves son superiores á los peces, los mamíferos á las

aves. ¿Qué razón impide sostener que el hombre sea e mas perfecto de los mamíferos?

Cierto que el hombre goza de la palabra, es decir, de la voz, articulada; mas tambien existen muchas clases de animales que tienen voz, que producen sonidos y que con ellos traducen impresiones; conocidos son su gritos de amor, de cólera, de placer, de dolor, de atencion y de alarma. Y si bien es verdad que dichos acentos son monosilábicos, y se hallan compuestos únicamente de interjecciones, bastan á satisfacer las necesidades de los seres que los emplean; de suerte que del lenguaje de las aves al del hombre, mas bien que una diferencia radical, nótese simplemente un progreso. M. Agassiz y los antropologistas americanos llegan hasta el extremo de sentar la siguiente afirmacion: "Fácil sería hacer derivar unos de otros, los gruñidos de diversas especies de osos, del mismo modo y por los mismos procedimientos de que se valen los lingüistas para demostrar las relaciones existentes entre el griego y el sanscritol..."

Finalmente, las facultades del corazon, que al par participan del instinto y de la inteligencia, tampoco faltan en los animales: aman y aborrecen. El efecto del caballo, la fidelidad del perro la envidia y la abnegacion de determinados

animales domésticos, han inspirado la imaginacion de los novelistas y son asuntos de ciertos cantos populares y ha podido decirse que en lo que mas se acercan el hombre y el animal es en el carácter (1).

Vivamente impresionados por estas lecciones, los pensadores contemporáneos han derrochado profusamente el ingenio para probar que son animales! Esto sin embargo constituye una especie de suicidio afectivo del cual jamás será capaz será la humanidad á sangre fria y en masa. En efecto, descender, siquiera por una simple operacion del espíritu, de su dignidad de hombre, al rango de la animalidad, vale tanto como abjurar la vida propia para aceptar otra más mezquina: es enganar la conciencia y renegar del sentido comun.

Veamos, sin embargo, si el hombre puede oponer únicamente una protesta íntima á esta asimilacion, y si es verdad que solo media una cuestion de cantidad entre el instinto y la razon, de manera, que la definicion "el hombre es un animal racional," deba cambiarse en la siguiente: "el hombre es un animal más racional que los otros."

(1) Quatrefoché,

No, careciendo el animal de los caracteres constitutivos de la razón, no puede decirse que sea más racional que nosotros, puesto que lo es en manera alguna. Certo que provee á su conservacion; pero tambien las especies vegetales están dotadas de movimientos espontáneos en cuya virtud se dirigen hácia el sol si es necesario á su crecimiento: ¿las declararemos dotadas de inteligencia, en virtud de este hecho? Certo que comprende tambien; pero mejor todavía comprenden los angeles; ¿y concluiremos de ello que entre el angel y el animal no media la distancia de dos reinos, fundados en que existe semejanza de algunas percepciones? Certo que quiere; mas siempre es en conformidad á sus necesidades ó á sus placeres, en tanto que la voluntad del hombre remonta esas dos corrientes y se ejerce en sentido opuesto. Certo que raciocina únicamente respecto de las cosas sensibles, en tanto que el infante, en la cuna, se apodera de las que no lo son. Certo, finalmente, que lleva á cabo verdaderos prodigios de destreza, pero es imperfectible, pues tal cual fué el primer día del mundo lo vemos hoy, existiendo una palabra que eternamente la separará de nosotros; la palabra progreso.

Si, esta sola palabra señala el profundo abis-

mo abierto entre el instinto y la razón: hasta podría decirse que resume sus diferencias, ¿y qué diferencias! El instinto es una especie de razón inferior que tiene de la materia la fatalidad que la gobierna. Constituye la materia inteligente; pero no la inteligencia. Así se explica que marche con toda seguridad; pero siempre en el mismo sendero; que evolucione; pero sin desarrollarse jamás. Todo lo contrario acontece á la razón humana; libra en sí misma, tiende incesantemente á elevarse; más grande hasta en sus extravíos que el mismo instinto que no se extravía, por que el poder de errar es en ella la prueba de su actividad progresiva. Hé ahí por qué, de la una á la otra de nuestras exposiciones, la razón humana recorre un camino que nunca andará el instinto animal. Es más inmutable que el mar que cambia sus orillas, y que los astros que modifican sus radios. Tal es la razón en virtud de la cual, la raza negra, que es de las de nuestra especie la menos inteligente, ha proporcionado un contingente al instinto, en tanto que sería en vano esperar que los monjes puedan llamarlos á su palacio de cristal, ni á sus observatorios astronómicos, ni á sus bibliotecas, ni á sus cámaras de diputados. De seguro no existe uno solo entre los que nos dirigen

sus objeciones que espere semejante transformacion; mas el hombre abusa de todo contra las conclusiones que rechaza. Si Dios no hubiese concedido el instinto á los animales, el hombre habria rechazado á Dios como á un creador sin providencia; pero se lo ha otorgado, y el hombre b'asfema, haciendo de igual naturaleza, ya que no rebaja ni olo al mismo nivel, la inteligencia del paquidermo que se dirige á apagar su sed á la vecina fuente, y la de Colon yendo en pos de un mundo presentido.

Hay en particular tres operaciones intelectuales que son un reto sempiterno á la inteligencia mecánica de los animales, y que parecen constituir en propia la individualidad de la razon humana. Dichas operaciones constituyen la funcion de esas cuatro percepciones: el sentimiento de lo bello, el de lo bueno, el de lo verdadero, el del lenguaje.

El instinto jamás ha concedido otra cosa que lo útil: nunca se ha elevado á la nocion de lo bello. El castor y la curruca construyen su morada con una industria que nos sorprende; pero que no traspasa los limites de lo puramente indispensable. Ni aquel añadirá jamás un nuevo tabique á su casa, ni esta una brizna de vellón á su nido, con el propósito de embellecer su es-

ancia ó sorprender á su posteridad. El mundo de la estético hállase completamente cerrado á los ojos de los animales. Si su sistema nervioso llega á comoverse en fuerza de determinadas sonidos, ó cautivan su mirada ciertas reproducciones del arte, esto es resultado de una sorpresa, no de un sentimiento de admiracion; así como aquello mas bien que una impresion comprensiva es una excitacion. La region de lo ideal, que es algo parecido á la eminencia de la razon humana, por cuyo medio alcanza al cielo, es inaccesible á las aspiraciones del instinto. De manera que en tanto que el hombre procura lo bello en sus amores, en sus obras, en sus moradas, en sus vestidos, y sufre la fascinacion de ese mirage con dolor, cuando no puede alcanzarlo, el animal nada más desea que la comodidad. Su lujo se reduce á la satisfaccion de sus apetitos, y no es cosa rara el vérselos llenar lo mismo en lo horrible que en lo delicado. Por consiguiente la superioridad del reino humano se ha marcado perfectamente con un rasgo incomparable, cuando se ha dicho de su inteligencia que concibe lo bello y lo realiza.

Otro rasgo característico de la humana inteligencia consiste en percibir la idea de lo bueno ó la nocion de justicia. El animal conoce lo que

es bueno con relación á él, no lo que lo es en sí mismo; de manera que sacrifica á su interés á todo el resto de la creación. Solo el hombre conoce una ley, una regla superior á la cual sacrifica su interés ó juzga que lo debería sacrificar. Es verdad que los animales evitan la comisión de aquellos actos por los cuales podrían ser castigados; pero no es la inmoralidad de los mismos lo que les detiene, sino el castigo que les acompaña. En cambio el hombre puede desafiar el castigo; mas no puede desconocer la inmoralidad de que están revestidas las faltas que comete. De aquí que cuando Vogt compara nuestra especie, retrocediendo ante el mal, á los osos temerosos de las correcciones paternales, ultraja su razón más bien que la nuestra; pues no ignora que los osos conocen los golpes que la comisión del mal les proporciona, sin que por esto conozcan el mal intrínsecamente, en tanto que el hombre huye el mal, y frecuentemente le causa más horror que los castigos que le siguen. Prueba irrecusable de que independientemente de la inmoralidad maquinal, existen nociones de moralidad especulativa que el instinto no puede alcanzar. El instinto jamás habrá lo que está prohibido, si pasó que la razón comprende lo que debe serlo.

El sentido de lo verdadero constituye también una grandeza específica del reino humano. Convenirnos en que el sentido de lo verdadero físico, no falta en manera alguna á los animales. Ora están dotados de una vista ó de un oído finísimo, ora de un olfato muy delicado, con frecuencia de un aparato sensorio sumamente perfecto, siempre de una costumbre de comunicaciones con la naturaleza llevada á tal punto, que le es fácil por demás conocer este orden de fenómenos; mas el sentido de lo verdadero, especulativamente considerado, les falta por completo. La verdad abstracta, esta noble pasión de la humanidad, jamás ha hecho latir el corazón de un animal, por la razón sencillísima de que no puede penetrar su espíritu. El día en que un filósofo positivista ó darwinista haga comprender á su perro de aguas el primer axioma de su sistema, admitiremos que el hombre no es más que un animal desarrollado. Mas no haya miedo que tal suceda. Los perros sabios adiestrados en las demostraciones algebraicas, ejecutan de una manera mecánica los movimientos indispensables para la solución, sin conocer absolutamente nada del problema en sí mismo. Tal es la barrera prodigiosa establecida entre uno y otro reino. El que no la vé, es porque se empeña en

rar los ojos; pasa por encima, pero no la suprime, y se complace en aproximarse al animal por la negación, mas no por las facultades intelectuales.

Finalmente, el lenguaje hablado ó escrito constituye la manifestación más acabada, y la prueba más irrecusable de las radicales diferencias existentes entre el instinto y la razón. Los animales tienen la voz; pero no la palabra; cantan, pero carecen de lenguaje. Léjos de nosotros la idea de desconocer la terrible belleza que se encierra en el rujir del león, ni la suave melopea del canto del ruiseñor; pero con todo esto hoy, al cabo de tantos siglos, dan la nota misma que el primer día de su existencia en el mundo, y lo mismo sucederá hasta que llegue el de su extinción. Compárese pues esos gritos monótonos á los acentos que brotan del pecho de la humanidad desde los cánticos de Israel, hasta las pinturas del *D. Juan*, del *Profeta* y del *Guillermo Tell*, y dígase si es posible confundir los cantos del organismo con los de la inteligencia.

Por su parte el loro y otros animales pacientemente educados, acaban por emitir algunas sílabas del lenguaje humano, sin comprender una jota; pues bien, compárense esas ramas de todos los idiomas articulados por nuestra familia

en el universo, por ejemplo, una urraca á Demóstenes ó á Cicerón; los gritos y abullidos de una colección de fieras á los periodos de una sesión académica, y sosténgase, si hay valor para ello, que solo existe desproporción y no un nuevo fenómeno entre el lenguaje del instinto y el de la raza. A mas de esto debe tener en cuenta que los animales por medio de sus zarpas jamás han logrado dejar impresa otra cosa que la huella de las mismas. La humanidad, si así podemos decirle, gracias á la escritura, habla con sus manos como con su lengua: mas áun, habla por lo porvenir como para el presente: habla no solo á un hombre sino al par á muchos pueblos y á varias generaciones. Colecciónanse en palabras en las bibliotecas, conducésele en camino de hierro de uno á otro extremo del mundo, y no vacilo en afirmar, que pará ver en el gorjeo de los pájaros, ó en el abullido del lobo los ruidos de esas inmortales comunicaciones, es indispensable tener hecha una apuesta contra la verdad.

¿Conviene pues que el Creador no comunicara nada del animal al hombre, para que esto no fuese clasificado en el reino de los animales? ¿Acaso las plantas no tienen sus caracteres propios como los organismos zoológicos? ¿Por ven-

tura, químicamente, no se componen de muchos elementos idénticos? ¿Es qué no se hacen extensos cuadros de sus mútuas analogías? Y sin embargo, ¿quién ha pretendido confundirlas? ¿Y por qué el instinto goce de algunas luces que son propias de la razón, ha de hacerse de aquel el principio de esta? Tanta valdria tomar la luz del fósforo por la del sol, só pretexto de que ambas iluminan. Despues de lo dicho no hay para que insistir en las exclamaciones sentimentales sobre las cuslidades simpáticas de los animales.

Cierto que á veces vemos en los perros mayor grado de fidelidad que en los hombres: mas esto consiste en que los perros son fieles por necesidad, no por eleccion, de manera que respecto del particular, las ventajas del hombre resultan patentes hasta en sus desventajas. Cierto que el Creador ha puesto el amor en los nidos para la propagacion de las especies. ¿mas este amor sobrevivirá á la fase despues de la cual seria libre? ¿Háse visto al cabo de diez años á los vástagos de una misma oria, reconocerse y sacrificarse el uno por el otro? Venerable virgen de la familia humana; dulces y santas figuras de nuestras madres y abuelas, ¿á quién ó mejor, con que se os ha comparado? ¿Dónde se hallan, en

tre los monos los que sufren? ¿Qué héroes puede ofrecernos la zoologia que hayan dado su sangre por amor? De mí sé decir que cuando veo á una ciencia sin pudor que hace proceder el corazon de San Vicente de Paul, y el genio de Píndaro de la sangre de los gorilas, lejos de participar de la creencia de que la humanidad proceda de la animalidad, me pregunto si no es mas bien posible que se convierta á ella; tanto me estremece la consideracion del placer infame que el hombre puede experimentar en rebajar, se cuando se hace objeto de su propia adoracion.

Además de lo dicho, ¿encontraremos todavia en el hombre algo mas eminente áun y más extraño al animal? Si, y con ello llegamos al alma de la cuestion. Despues de los caracteres orgánicos é intelectuales, vamos á estudiar su lado moral. La tarea es tanto más facil, quanto que en este terreno contamos con el apoyo de naturalistas eminentes que hace un momento debiamos considerar como adversarios ilustrados.

III.

Dado que fuera posible cerrar los ojos á la evidencia, respecto de las ventajas que en el cuerpo y en el espíritu llevamos sobre los animales, sería imposible dejar de reconocer una supremacía que escapa á toda comparacion, en un paralelo entre los hijos de Adán con la animalidad, respecto de estos tres puntos de vista característicos; la libertad, la moralidad, la religiosidad.

La libertad, que es el fundamento de la moralidad, no es posible al instinto. Por lo mismo que es ciego puede obrar; mas no deliberar ni elegir. De aquí que el buen sentido del mundo no haya impuntado jamás responsabilidad alguna á los animales. A los perros atacados de la hidrofobia se les mata porque lo están, no por que se les juzgue capaces de estarlo. Tal vez provenga de esto que la ciencia que hace progresar al hombre de otras especies zoológicas, le

niegue el privilegio de la libertad en lo interior aun cuando en virtud de una extraña inconsciencia, reivindique para él todas las libertades del exterior. Mas, ¿qué mayor derecho puede tener á la libertad que los tigres del jardín de plantas, un ser necesariamente arrastrado al mal que comete? Si la béstia humana ha merecido su jaula para librarla de la fatalidad de sus instintos, resultará que los tiranos son domadores necesarios. Y volviendo al argumento, ¿por qué razon la sociedad castiga al delincuente que hiera á su semejante, y no encierra al caballo que lanza al jinete que lo monta? No puede negarse que el primero tiene mas conocimientos, pero, en cambio, es menos dueño de sí mismo que el segundo. Téngase, pues el valor de una completa asimilacion entre los dos términos comparados, si se abriga la conviccion de una semejanza completa, mas en tanto no pueda aplicarse la doctrina del hombre animal, sin excitar la risa en el género humano, y sin trastornar la tierra, siempre veremos en ello una prueba de que esta doctrina no es mas que un juego de espíritu para los que las sostienen, destinado á entristecer á los que la rechazan.

Y en segundo lugar, ¿cómo conciliar el dogma

ma del animal hecho hombre, con la moralidad de este? El hombre no posee únicamente las nociones de la moralidad, sino que tiene, además, conciencia moral; es decir, la facultad de gozar del bien que hace; y de padecer á consecuencia del mal que comete, y aquel que ha llegado á perder esta sensibilidad santa del alma, el remordimiento, mas bien que un representante, es una degradacion de la especie. ¡Nuevo atributo exclusivamente reservado al reino humano! Es preciso convenir, además, en que es justo, por que únicamente el mortal que es libre en sus movimientos, debe tener la noble prerogativa de ser desgraciado. Y sin embargo, por mas desarrollada que esté la inteligencia de los animales, ¡hase logrado comprobar jamás que les quite el sueño una injusticia cometida, ó el pesar de la sangre derramada!

¿Dónde está el mérito de sus escrúpulos en el orden zoológico? ¿Qué carnívoro ó qué repél han hecho honras expiacion de sus asesinatos ó de sus atrocidades? Y no se diga que el remordimiento es preocupacion de la educacion no fructuosa espontáneo de la alma humana; porque si b en su verdad que la sociedad lo desarrolla por medio de sus enseñanzas, tambien es cierto que el hombre, por su naturaleza ni puede evitar la

sociedad, ni los remordimientos, y donde quiera que existe un lenguaje suficientemente formado para expresar las ideas generales y abstractas, encuéntranse palabras que dan idea del vicio y de la virtud, y almas que se conmueven y estremecen ante semejantes ideas. Platarco ha demostrado la existencia de Dios por medio de los remordimientos; con mayor motivo y más fácilmente aun, puede deducirse la moralidad de las inquietudes, que son la desolacion de la inmoralidad. Santos dolores que elevan al hombre mil veces mas sobre el animal, de lo que pudieramos encarecer, puesto que despues de los ángeles, que son incapaces de hacer el mal, los primeros, en la escala de la virtud, son los seres capaces de arrepentirse.

Finalmente, todavia existen en nosotros otras nociones que prueban de una manera mas decisiva si cabe, el objeto de esta tesis. Donde quiera que existan hombres unidos por un vínculo social, se crea en otro mundo distinto de este, en ciertos seres misteriosos que lo habitan, en una vida futura, en la supervivencia de una parte de nuestro ser en cuando se destruye el cuerpo, y dichas nociones por mas vagas que sean engendran símbolos y prácticas correspondientes. En una palabra, en todas las familias hu-

manas, sean civilizadas ó yagran sumidas en la barbarie, enuéntrese el a tar mencionado por Putarco, con los accesorios que le acompañan. Pues bien, nunca nada análogo ó parecido se ha descubierto en los grupos de animales. Raras veces levantan al cielo sus miradas, y jamás ven en ellos la mano de su Autor. La religiosidad, es decir, el conjunto de las facultades que en nosotros buscan á Dios, élóranse hácia él y hacen de su comercio una necesidad. Por esto cuando el hombre ha hablado, cuando ha cantado, no siempre se le distingue del animal; mas cuando ha elevado al cielo sus plegarias, ha puesto de manifiesto su realeza, y en el instante en que se inclina ante Dios, la naturaleza se postra delante de él.

A estos hechos se han opuesto alegaciones erróneas. Hase dicho, por ejemplo: las lenguas australianas no encierran palabra alguna que exprese la idea de *honestidad, justicia, pecado, etc.* Mas, esto no prueba que en Australia no se tengan las acciones por estas voces expresadas. Tampoco estas lenguas poseen las palabras genéricas *árbol, pescado, etc.*, y sin embargo, necio sería el que de ello dedujera, que en dicho país se confunden los algarroques con

los tiburones. Ello no es mas, en último resultado, que pobreza de lenguaje, ó carencia de ideas; y tanto es así que una observación un tanto detenida confirma nuestras conclusiones.

Nuestros adversarios continúan: los Cretes y los Hotentotes no tienen noción alguna de Dios ni de la vida futura. No es cierto: Cambell ha descubierto hasta entre los Borchimenes la idea de un ser supremo, y á fuerza de preguntas, de las cuales se juzgan dispensados los touristas insustanciales, ha adquirido el convencimiento de que dicha idea se subdividía en tres: la de *Goha*, dios macho superior á todos los hombres, la de *Ko*, dios hembra, inferior á los mismos. Por lo demás, ¿cómo poner en duda las creencias sobrenaturales de un pueblo que entierra sus muertos con su arco y su flecha, para que puedan cazar en un paraíso en que la caza es siempre abundante?

En cuanto á los Hotentotes, propiamente dichos, admiten una teodicea, si así podemos decirlo, maniquea, y por consiguiente un principio bueno y otro malo, una vida ulterior; el culto de grandes hombres muertos, en una palabra, cuanto es menester para dejar fuera de duda su religiosidad. Y sin embargo, ¿cómo se concibe que hayan podido formarse y emitirse tan tales conjeturas sobre las razas meridionales del A

frica? Puede hallarse la explicación á semejante fenómeno, en un contraste señalado por el mas intrépido de los exploradores de esas comarcas. "La ausencia de ídolos de culto público, de sacrificios de ninguna especie, entre los Cafres y los Bechuanes, hace creer á primera vista que dichos pueblos profesan el ateísmo mas absoluto; mas el docto viajero se apresura á añadir: "por más degradadas que estén dichas poblaciones, no hay necesidad de hablarles de la existencia de Dios y de la vida futura, porque ambas verdades están universalmente reconocidas en Africa. . . hallándose tanto mas desarrolladas las ideas religiosas entre los naturales, cuanto mas se avanza hacia el Norte (1)."

Si del Africa pasamos al Nuevo Mundo, tambien hallaremos asertos contradictorios á propósito de los cultos de esta parte; mas el autor de un trabajo sobre el hombre americano que se ha hecho clásico, nos dice: Es evidente que hasta las naciones mas salvajes de este hemisferio tienen una religion, sea la que quiera, (2). Dichas palabras se hallan justificadas hasta por cuanto

(1) Livingstone.
(2) A. d'Orbigny.

procede de los bosques cien veces secunares de las Amazonas, habitados por tribus de costumbres atroces, en las cuales bien que profundamente desfiguradas, la divinidad y la inmortalidad son perfectamente conocidas. En cuanto á las poblaciones del Asia, no hay para qué hablar; mas bien que de ateos se les acusa de supersticiosas. De donde resulta que la idea religiosa cubre el globo entero con su benéfica influencia, que la libertad, la moralidad, la religiosidad son universales en el hombre y no existen en manera alguna en los animales; y finalmente, que obran sobre nuestra especie á la manera de esas propiedades fundamentales que caracterizan los diferentes reinos de la naturaleza. Si, cuando Linnæo, el padre de la verdadera nomenclatura en historia natural, ha querido señalar el rasgo distintivo de los vegetales, y de los animales, ha definido á los primeros diciendo que son cuerpos organizados *vivientes, mas no sentientes* y los segundos que son cuerpos organizados *vivientes, sentientes, y que se mueven espontáneamente*. Ahora bien, lo característico del hombre, como dice la ciencia, ¿cómo podrá encontrarse? En esas aptitudes que levantan una frontera tan elevada como la de los demás reinos, entre nosotros y la animalidad. El hombre es un ser ser-

vido por órganos superiores, de una inteligencia, zoológicamente hablando, incomparable, y dotado de libertad, de moralidad y de religiosidad.

Llegado á este punto, el hombre tiene el derecho de levantarse ante los que le insultan, impulsado por noble orgullo. Y si desgraciadamente las apostasias de lo porvenir profanaban sus restos colocándolos en la categoría de los restos animales, podría exclamar: Esta boca ha pronunciado las homilias de San Juan Crisóstomo y consolado los desgraciados de todos los siglos: estas manos hanse visto aherrojadas por la cadena de S. Vicente de Paul, y sostenido la pluma que escribió los Evangelios; estos piés han conducido á la casa de los pobres el pan de la caridad cristiana, y la verdad de San Francisco Javier á las más remotas regiones; este corazón fué el órgano de los raptos de Santa Teresa de Jesus, y del amor intrepido de los mártires: estas ojos fueron santificadas por el llanto de S. Pedro, y por las sublimes visiones de S. Pablo; esta cabeza, en fin, fué la expresion de un alma inmortal y el reflejo del rostro de Dios. Qué se tiene á riesgo pues á la ignominia de las comparaciones con organismos sin alma; para mí que he luchado, orado y creído, no es bastante un lugar

bajo la bóveda de un panteon: mis huesos tienen derecho á descansar debajo de los altares, en tanto llega el momento de su glorificacion en la eternidad incorruptible del seno de Dios.

Si en presencia de estas pruebas y de semejantes destinos existe todavia un hombre incapaz de reconocer su superioridad respecto del animal.. tentado estoy para responderle que tiene razon.... mas no, es preferible rogar por él.